

laleydedios.org

Apéndice 8b: Los sacrificios — por qué hoy no pueden ofrecerse

Esta página es parte de una serie que explora las leyes de Dios que solo podían obedecerse cuando el Templo estaba en Jerusalén.

- Apéndice 8a: Las leyes de Dios que requieren el Templo
- Apéndice 8b: Los sacrificios — por qué hoy no pueden ofrecerse (Esta página).
- Apéndice 8c: Las fiestas bíblicas — por qué hoy no puede guardarse ninguna
- Apéndice 8d: Las leyes de purificación — por qué no pueden guardarse sin el Templo
- Apéndice 8e: Los diezmos y las primicias — por qué hoy no pueden cumplirse
- Apéndice 8f: La Santa Cena — la Última Cena de Jesús fue la Pascua
- Apéndice 8g: Las leyes del nazareato y de los votos — por qué hoy no pueden cumplirse
- Apéndice 8h: La obediencia parcial y simbólica relacionada con el Templo
- Apéndice 8i: La cruz y el Templo

Lo que la Ley realmente exigía

Entre todos los mandamientos dados a Israel, ninguno fue descrito con más precisión que los sacrificios. Dios detalló todo: el tipo de animal, la edad, la condición, el manejo

de la sangre, la ubicación del altar, la función de los sacerdotes e incluso las vestiduras que usaban durante el servicio. Cada sacrificio — holocaustos, ofrendas por el pecado, ofrendas por la culpa, ofrendas de comunión y ofrendas diarias — seguía un modelo divino que no dejaba espacio para la creatividad personal ni para interpretaciones alternativas. “El sacerdote debe hacer esto… el altar debe estar aquí… la sangre debe colocarse allí…” La Ley de Dios es un sistema de obediencia exacta, no un conjunto de sugerencias abiertas a la adaptación.

Un sacrificio nunca fue simplemente “matar un animal para Dios”. Era un acto santo realizado solo en el atrio del Templo (Levítico 17:3-5; Deuteronomio 12:5-6, 12:11-14), solo por sacerdotes consagrados del linaje de Aarón (Éxodo 28:1; 29:9; Levítico 1:5; Números 18:7) y solo bajo condiciones de pureza ritual (Levítico 7:19-21; 22:2-6). El adorador no elegía el lugar. El adorador no elegía quién oficiaba. El adorador no decidía cómo se manejaba la sangre ni dónde se aplicaba. Todo el sistema era un diseño de Dios, y la obediencia exigía respetar cada detalle de ese diseño (Éxodo 25:40; 26:30; Levítico 10:1-3; Deuteronomio 12:32).

Cómo Israel obedeció estos mandamientos en el pasado

Cuando el Templo estaba en pie, Israel obedecía estas leyes exactamente como se había ordenado. Las generaciones de Moisés, Josué, Samuel, Salomón, Ezequías, Josías, Esdras y Nehemías se acercaron todas a Dios por medio de los sacrificios que él mismo estableció. Nadie reemplazó el altar. Nadie improvisó nuevos rituales. Nadie ofreció sacrificios en sus hogares o en reuniones locales. Incluso los reyes — con toda su autoridad — tenían prohibido desempeñar las funciones reservadas a los sacerdotes.

La Escritura muestra repetidamente que cada vez que Israel intentó alterar este sistema — ofreciendo sacrificios en lugares no autorizados o permitiendo que personas que no eran sacerdotes desempeñaran funciones sagradas — Dios rechazó su adoración y a menudo trajo juicio (1 Samuel 13:8-14; 2 Crónicas 26:16-21). La fidelidad significaba hacer precisamente lo que Dios había dicho, en el lugar que él escogió, por medio de los siervos que él designó.

Por qué estos mandamientos no pueden obedecerse hoy

Después de la destrucción del Templo en el año 70 d. C., a manos de los romanos, todo el sistema sacrificial se volvió imposible de llevar a cabo. No porque Dios lo hubiera abolido, sino porque la estructura dada por Dios que se requiere para obedecer estos mandamientos ya no existe. No hay Templo, no hay altar, no hay Lugar Santísimo, no hay sacerdocio consagrado, no hay un sistema de pureza establecido y no hay ningún lugar autorizado en la tierra donde la sangre de un sacrificio pueda presentarse delante de Dios.

Sin estos elementos, no existe tal cosa como “hacer nuestro mejor esfuerzo” o “guardar el espíritu de la ley”. La obediencia exige las condiciones que Dios estableció. Cuando esas condiciones desaparecen, la obediencia se vuelve imposible — no porque nos neguemos a obedecer, sino porque Dios mismo ha quitado las herramientas necesarias para cumplir estos mandamientos específicos.

Lo que Daniel profetizó sobre el cese de los sacrificios

Las propias Escrituras anunciaron que los sacrificios cesarían — no porque Dios los aboliera, sino porque el Templo sería destruido. Daniel escribió que “el sacrificio y la ofrenda cesarán” (Daniel 9:27), pero explicó la causa: la ciudad y el santuario serían destruidos por fuerzas hostiles (Daniel 9:26). En Daniel 12:11, el profeta vuelve a declarar que el sacrificio habitual sería “quitado”, una expresión que describe su supresión mediante la violencia y la desolación, no la cancelación de una ley. Nada en Daniel sugiere que Dios haya cambiado sus mandamientos. Los sacrificios cesaron porque el Templo quedó desolado, exactamente como dijo el profeta. Esto confirma que la Ley misma permanece intacta; solo se quitó el lugar que Dios escogió para la obediencia.

El error de los sacrificios simbólicos o inventados

Muchos grupos mesiánicos intentan reproducir partes del sistema sacrificial de manera simbólica. Celebran comidas de Pascua y las llaman “el sacrificio”. Queman incienso en reuniones. Recrean rituales, mecen ofrendas y fingen “honrar la Torá” mediante dramatizaciones. Otros crean enseñanzas como “sacrificios proféticos”, “sacrificios espirituales” o “ensayos para el futuro Templo”. Estas prácticas dan una sensación de religiosidad, pero no son obediencia — son invenciones.

Dios nunca pidió sacrificios simbólicos. Dios nunca aceptó sustitutos creados por la imaginación humana. Y no se honra a Dios cuando las personas intentan realizar fuera del Templo lo que él ordenó que se hiciera solo dentro de él. Imitar estos mandamientos sin el Templo no es fidelidad; es desprecio por la misma precisión con que Dios los estableció.

Los sacrificios esperan el Templo que solo Dios puede restaurar

El sistema sacrificial no ha desaparecido, ni ha sido abolido, ni ha sido reemplazado por actos simbólicos o metáforas espirituales inventadas por los hombres. Nada en la Ley, los Profetas o las palabras de Jesús declara jamás que los mandamientos sobre los sacrificios hayan llegado a su fin. Jesús afirmó la validez eterna de cada parte de la Ley, diciendo que ni siquiera el trazo más pequeño de una letra caería hasta que pasen el cielo y la tierra (Mateo 5:17-18). El cielo y la tierra permanecen. Por lo tanto, los mandamientos permanecen.

A lo largo del Antiguo Testamento, Dios prometió repetidamente que su pacto con el sacerdocio de Aarón era “perpetuo” (Éxodo 29:9; Números 25:13). La Ley llama a las ordenanzas sacrificiales “un estatuto perpetuo por todas sus generaciones” (por ejemplo, Levítico 16:34; 23:14, 23:21, 23:31, 23:41). Ni un solo profeta anunció jamás el fin de estos mandamientos. En cambio, los profetas hablan de un futuro en el que las naciones honran al Dios de Israel y su casa se convierte en “una casa de oración para

todas las naciones" (Isaías 56:7), el mismo versículo que Jesús citó para defender la santidad del Templo (Marcos 11:17). Jesús no citó este versículo para señalar el fin del Templo, sino para condenar a quienes lo estaban corrompiendo.

Como la Ley nunca abolió estos sacrificios, y como Jesús nunca los abolió, y como los Profetas nunca enseñaron su cancelación, concluimos solo lo que la Escritura permite: estos mandamientos siguen formando parte de la Ley eterna de Dios, y no pueden obedecerse hoy simplemente porque los elementos que Dios mismo exigió — el Templo, el sacerdocio, el altar y el sistema de pureza — no están disponibles.

Hasta que Dios restaure lo que él mismo quitó, la postura correcta es la humildad — no la imitación. No intentamos recrear lo que Dios suspendió. No movemos el altar, no cambiamos el lugar, no alteramos el ritual ni inventamos versiones simbólicas. Reconocemos la Ley, respetamos su perfección y nos negamos a añadir o quitar de lo que Dios ordenó (Deuteronomio 4:2). Cualquier cosa inferior a eso es obediencia parcial, y la obediencia parcial es desobediencia.